

Capítulo uno

En lo profundo de los bosques de Maine, en la época actual

Sentado en el alto acantilado de granito, el viejo mago reflexionaba en silencio, ajeno al despertar del bosque que lo rodeaba, a la catarata que caía bramando del precipicio y a la agitada poza, llena de de agua espumeante, que estaba situada a unos treinta metros por debajo de donde se encontraba él. Se rascó la barba con el puño del bastón y dio un suspiro; sus preocupados pensamientos se centraban por completo en el solitario pescador que estaba allá abajo. Hacía seis años le había causado un tremendo perjuicio a aquel joven. Sí: él y sólo él era responsable de haber convertido la vida de Morgan MacKeage en el desastre que era ahora.

Mediante un hechizo, Daar había llevado al siglo XXI a Greylen MacKeage, *laird* y hermano de Morgan; era su mayor metedura de pata hasta la fecha. De acuerdo: Greylen realizó el viaje sin demasiados problemas..., pero también lo hicieron seis de sus enemigos, dos de sus hombres y Morgan, su hermano menor. El hechizo alcanzó incluso a sus enfadados caballos de guerra, y los catapultó a todos a un viaje inimaginable que los hizo avanzar en el tiempo.

Daar achacaba aquel desastre a su avanzada edad. Era viejo, estaba cansado y a veces se despistaba un poco; por eso, en ocasiones, la magia le salía mal.

En teoría, Morgan MacKeage debía llevar ocho siglos muerto tras haber disfrutado de un par de esposas y una docena de hijos, más o menos. Pero en vez de eso, el guerrero escocés de las Tierras Altas que ahora estaba pescando tenía treinta y dos años, no se había casado todavía y era un solitario. A Daar le parecía casi un pecado que su incompetencia como mago hubiera arrojado a la deriva a un guerrero tan magnífico, tan fuerte e inteligente, y que se viera así por su culpa, sin objetivo ni dirección.

Los hombros se le vencieron bajo el peso de la culpa. Sí, él nadie más era el causante de la desazón de aquel joven, y ya iba siendo hora de que arreglara las cosas.

Una mujer le vendría bien...

Aunque, claro, por otra parte, a lo mejor una mujer sólo servía para aumentar los problemas del joven guerrero.

Daar había descubierto que las mujeres del siglo XXI constituían una raza rarísima. Eran impetuosas, directas, dogmáticas y tozudas; y, sobre todo, condenadamente independientes. Se atrevían a vivir solas, trabajaban para mantenerse y con bastante frecuencia poseían tierras y ocupaban puestos de poder en los negocios y en los gobiernos.

¿Cómo un hombre nacido en una época en que las mujeres eran simples enseres iba a tratar con las de este siglo tan independientes? ¿Cómo un viril guerrero del siglo XII iba a aceptar una nueva vida en una época tan extravagante?

Los MacKeage llevaban seis años viviendo en el mundo moderno; seis años adaptándose, evolucionando y aceptando por fin... Pero Morgan MacKeage seguía estando solo. Su hermano, Greylen, estaba felizmente establecido; tenía una esposa, una hija y un par de gemelas en camino. En cuanto a Callum, cortejaba a una mujer que vivía en el pueblo, e Ian se veía en secreto con una viuda dos noches por semana. Hasta Michael MacBain, el único

de sus enemigos que había sobrevivido, era padre de un hijo y seguía adelante con su vida.

Tan sólo Morgan permanecía desligado no ya de la compañía de las mujeres, sino también de las propias pasiones de la existencia. Cazaba, pescaba y caminaba por los bosques sin darse tregua, como si buscara algo que calmase el anhelo de sus instintos.

—¡Vaya con ojo, anciano, no sea que se caiga y se convierta en comida para los peces!

Daar estuvo a punto de caerse al oír tras él la voz familiar de Morgan; entonces se levantó, se volvió y miró al joven guerrero con un ceño feroz.

—Eres un pagano, Morgan MacKeage, por quitarle diez años de vida del susto a un viejo sacerdote.

Morgan alzó una ceja.

—La próxima vez que vea a un cura, me aseguraré de confesarle mi pecado.

Daar intentó enderezar los hombros e hinchar el pecho ante aquel insulto, pero enseguida renunció al comprender que eso no cambiaría nada.

—Ahora estás viendo a un cura.

Morgan alzó la otra ceja.

—¿Qué Iglesia acepta a un druida en sus filas?

Daar apuntó con el dedo al guerrero.

—Yo era sacerdote mucho antes de convertirme en mago —se apresuró a replicar—. Y, además, una cosa no contradice la otra; los dos caminos van en la misma dirección.

Morgan se limitó a soltar una risilla mientras daba la vuelta y empezaba a subir por el sendero que conducía hacia la cabaña de Daar. Sin mirar atrás dijo:

—Vamos, anciano, si quiere desayunar.

Al observar la ristra de truchas que se balanceaba colgando de su cinturón, Daar decidió posponer la charla sobre los modales del guerrero. Después de todo, hacía dos

años que esa conversación se repetía con frecuencia: desde que se vio obligado a revelar su identidad de mago para salvar a la esposa de Greylen MacKeage de las garras de unos secuestradores.

¿Y acaso le habían dado las gracias? En absoluto. Ni siquiera pronunciaron una palabra de disculpa cuando supreciado y viejo báculo acabó partido por la mitad y arrojado a una laguna de alta montaña. La misma laguna, por cierto, que, por una corriente subterránea, alimentaba la cascada que saltaba con fuerza desde el lateral del acantilado y daba origen a la poza cristalina donde se criaban las sabrosas truchas que estaba a punto de tomar como desayuno.

—¿Tiene ese enclenque bastón nuevo algún poder ya, druida? —preguntó Morgan, al tiempo que caminaba a ritmo cómodo y pausado.

Daar soltó un resoplido y miró la espada que Morgan llevaba atada a la mochila, metida en su vaina de cuero.

—A ti voy a decírtelo —murmuró entre dientes.

La espada medía alrededor de un metro: iba desde la cintura del guerrero hasta unos treinta centímetros por encima de su cabeza, y la empuñadura estaba vuelta hacia un lado para poder cogerla con facilidad. Era tan grande como la espada de Greylen... e, igual que ésta, capaz de destruir el nuevo bastón de Daar.

Morgan se detuvo para ayudar al anciano sacerdote a pasar sobre un tronco caído en el sendero.

—¿Ya sirve para tostar el pan? —preguntó.

—Tiene poder suficiente para que veas las estrellas si te doy con él.

No dio la sensación de que a Morgan le preocupara mucho su amenaza, pues estaba concentrado en sacarse algo del bolsillo. Al instante puso en alto una cinta de plástico color naranja, de alrededor de un metro de largo, y preguntó:

—¿Qué sabe de esto?

Daar entornó los ojos y miró la cinta.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. —Morgan se apoyó la caña de pescar en el pecho y, con las dos manos, estiró la cinta todo lo larga que era para enseñársela—. He encontrado ésta y varias más atadas a los árboles por todo el valle, y todas tienen números escritos.

Con un gesto despreocupado, Daar hizo caso omiso de la cinta y en su lugar echó una ojeada a las truchas; en ese momento un rugido de su estómago proclamó bien alto el hambre que tenía.

—Probablemente serán agrimensores que están marcando lindes de propiedad.

Volvió a dirigirse hacia su casa; tenía hambre, maldita sea, y ahora mismo no estaba para rompecabezas.

—Es lo que hacen en estos tiempos modernos para señalar las tierras. Ya no basta la palabra de un hombre que afirme ser dueño de la tierra que llega hasta un río o hasta la cumbre de una montaña... —Se detuvo al darse cuenta de que Morgan no lo seguía—. Diablos, chico: vuestra tierra tiene líneas dibujadas en el mapa y marcadas en los bosques. Hasta están escritas en las escrituras que os dieron cuando tu hermano compró la montaña TarStone. Hoy día eso es lo que vuelve legales las cosas.

Morgan volvió a meterse la cinta en el bolsillo y echó a andar tras Daar.

—No son lindes —dijo—. Por lo que he visto, no marcan ninguna línea.

—Entonces, a lo mejor son señales de leñadores —propuso el anciano, al tiempo que planeaba mentalmente qué prepararía para acompañar las truchas.

Sin dejar de caminar, empezó a escudriñar el suelo del bosque buscando setas comestibles.

—Quizá estén haciendo un desmonte en el valle —prosiguió en tono distraído—. Tal vez esos números sean instrucciones para los taladores.

Morgan se le puso delante para cortarle el camino y lo obligó a pararse de nuevo.

—No —dijo—. Algunas cintas las he encontrado en tierras de los MacKeage, y en este valle no vamos a cortar árboles. Los leñadores que hemos contratado están trabajando al este de aquí.

Daar alzó la vista hacia los intensos ojos verdes de Morgan.

—¿Qué es lo que quieres?, ¿qué es tan importante como para dejar que se estropeen un buen par de truchas?

—Quiero que use su magia y me diga qué está ocurriendo en mis bosques.

Daar alzó el bastón y lo usó para rascarse la barba.

—Ah, ¿de modo que está bien hacer hechizos cuando te conviene a ti, y no a mí? ¿Así es como funciona la cosa ahora?

Los ojos de Morgan se oscurecieron.

—Hay rumores de que van a construir un parque en este valle, y quiero saber si se han adelantado y se han atrevido a empezar ya los trabajos.

—Y si es así, ¿qué importa?

—No quiero que haya un parque aquí. Una cuarta parte de este valle es tierra de los MacKeage, y estoy en contra de que se venda nada.

—¿Por qué?

—La tierra es nuestra.

La actitud de Morgan hizo que Daar perdiera toda esperanza de desayunar pronto, a menos que, sencillamente, hiciera una hoguera allí mismo y asara las truchas en espetones. De modo que se sentó en el tocón de un árbol, rodeó con las manos el nudo superior de su bastón y alzó la mirada hacia el joven guerrero.

—¿Qué te importan unos cuantos miles de acres si tu clan ya posee cuatrocientos mil?

—Que construyan su parque en otro lugar, siempre que no sea cerca de este cañón.

En ese momento Daar dejó de pensar en su barriga y se concentró en el hombre que tenía delante. ¿Era una débil chispa lo que veía en aquellos verdes ojos de hoja perenne, por lo general tan indiferentes? ¿Algo de aquel bosque había atraído por fin el interés de Morgan MacKeage?

—¿Qué tiene de especial este cañón en concreto?

Morgan se descolgó las truchas del cinturón y las levantó.

—Éstas —dijo.

Luego blandió la caña de pescar y abarcó el bosque con un gesto.

—Toda esta cresta: el río que aparece misteriosamente de la nada por el lado de la montaña y corta el cañón bajando hasta el valle, los árboles... ¿Se ha fijado alguna vez en su tamaño, anciano? ¿O en lo sanos que están estos peces? —Zarandéó un poco las truchas—. Son truchas de arroyo, pero tienen el tamaño de salmones.

Con el ceño fruncido, Daar echó una lenta mirada al bosque que tenía a su alrededor. Sí, los árboles sí que parecían bastante más grandes de lo normal, comparados con otros de la zona.

—Son grandes —reconoció—. Nunca me había fijado.

—Eso es porque hace tan sólo dos años eran iguales que los demás.

Aquella cifra produjo un cosquilleo en la memoria del mago. Al ver su expresión de desconcierto, Morgan prosiguió:

—Fue cuando tiraron su báculo a la laguna. Es por la bruma. —Volvió a blandir la caña de pescar—. ¿Ve? Sube desde la catarata y tapa el cañón.

Daar estuvo a punto de caerse del tocón en el que estaba sentado. ¿La bruma procedía del arroyo que salía de la laguna de montaña donde estaba su viejo báculo?

Vaya, diablos... Sabía que en aquella laguna el agua era especial, pues dentro estaba su báculo mágico, pero no se había parado a pensar en consecuencias como aquella. ¿Peces enormes? ¿Árboles altísimos? Una auténtica selva tropical donde no debería existir...

—Es la magia —susurró Morgan, con voz casi reverente—. Todo este cañón es el resultado de lo que ocurrió hace dos años. Y no quiero que se convierta en parte de un parque; centenares de personas vendrán de excursión por aquí y descubrirán la magia.

Daar se levantó.

—Tampoco yo quiero que construyan ese parque —se apresuró a reconocer—. Tenemos que hacer algo.

—Tiene que hablar con Grey —dijo Morgan—, y hacerle comprender que nuestra tierra no debe convertirse en parte de un parque.

—¿Yo?

—A usted lo escuchará.

—No. Ahora mismo está furioso conmigo, porque su esposa acaba de hacerse una prueba y el dichoso médico le ha dicho a Grey que Grace está encinta de gemelas, no de gemelos.

Morgan se quedó asombrado.

—¿Dicen si es niño o niña antes de nacer?

Daar se encogió de hombros.

—Por lo visto, ahora sí.

Absolutamente resignado ya a saltarse el desayuno, el anciano sacerdote empezó a desandar el camino y escogió un sendero que los llevaría por encima de la catarata hasta una loma que daba al valle de abajo.

—Bueno, vamos a ver lo fuerte que se ha puesto mi báculo.

Morgan se apresuró a ajustar el paso al suyo.

—¿Me dirá para qué son las cintas de plástico? —preguntó.

—No, el báculo no es una bola de cristal; sólo es un conductor de energía.

Mientras caminaban por el sendero, Daar acarició el suave y delicado bastón que había estado adiestrando desde que se perdió el suyo. Hasta ahora sólo lucía dos nudos, y eso indicaba que su poder aún no era muy grande. Su viejo báculo, el que Grey había cortado con su espada y arrojado a la laguna, estaba plagado de nudos que contenían la fuerza concentrada de mil cuatrocientos años de energía.

—Si su bastón todavía no puede hacer nada, ¿por qué subimos la cresta? —preguntó Morgan.

—Cállate. Estoy tratando de recordar las palabras —le ordenó Daar mientras seguían andando.

No era tan fácil recitar hechizos de memoria; la última vez que había puesto a prueba el bastón nuevo para algo más complicado que encender fuego, estuvo más de una hora lloviendo escarabajos peloteros. Menos mal que estaba oscuro.

Sorprendentemente, Morgan obedeció, y no tardaron en llegar a la cima de Fireline Ridge. Detrás de ellos, a unos tres kilómetros, tenían la laguna en cuyo fondo estaba su viejo báculo, y ante ellos estaba el profundo cañón que se metía en el enorme valle de abajo.

Daar se quedó estupefacto. Desde aquel punto panorámico podía contemplar el cauce del arroyo: grandes y exuberantes cicutas, píceas y pinos, envueltos en un manto de bruma, se alzaban a enorme altura desde el suelo del bosque formando una maravillosa alfombra de intenso color verde.

De repente, el bastón que tenía en la mano empezó a zumbar con suave energía. Una cálida y familiar sensación de poder le subió por el brazo, y Daar cerró los ojos para saborear el tacto inconfundible de su báculo, perdido hacía tiempo.

Morgan retrocedió un paso al ver que el vibrante bastón se retorció y crecía en longitud y grosor.

—¿Qué es esto, anciano? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Mira, tócalo. —Daar le tendió el báculo—. Siéntelo, Morgan. Es la energía de la vida.

—No pienso tocar esa maldita cosa.

—No va a morderte —espetó Daar, enojado, al tiempo que empujaba al guerrero en el vientre con el bastón.

Instintivamente, Morgan lo agarró para protegerse y al instante abrió los ojos como platos: la cálida vara de cerezo le comunicaba sus vibraciones a través del brazo hasta inundarle todo el cuerpo.

—Eso es. De eso se trata, guerrero: ésa es la fuerza de la vida. ¿Ya no recuerdas cómo eran las pasiones?

Morgan soltó el báculo, retrocedió y se frotó la mano en la camisa.

—No he olvidado nada, viejo. Venga, señale con esa cosa el valle y diga sus palabras. Dígame qué está ocurriendo ahí abajo.

Daar apuntó con el báculo hacia el valle y empezó a salmodiar en su antigua lengua. De pronto, los nudos del bastón se calentaron y, súbitamente, la brisa se convirtió en un viento que arremolinó la bruma en ráfagas caóticas en torno a ellos. Los pájaros y las ardillas corrieron a esconderse, y el lejano fragor de la catarata se convirtió en un susurro.

El anciano abrió un ojo para mirar a Morgan. Tenía las manos cerradas en puños, los ojos entrecerrados, la cabeza metida entre los hombros y apretaba la mandíbula con tanta fuerza que parecía que iban a partírsele los dientes. Y, además, el pobre guerrero parecía estar conteniendo la respiración.

—Saldría mucho mejor si me ayudaras —dijo el anciano—. Agarra el báculo conmigo, Morgan, y concéntrate. Siente primero la energía, y luego mira con la imaginación.

Despacio, Morgan MacKeage puso la mano sobre el segundo nudo del bastón y lo agarró con tanta fuerza que casi hizo astillas la vara. Juntos blandieron el báculo, que prácticamente había duplicado su longitud, por encima del valle.

—Vamos. Dime lo que ves, guerrero. Dímelo y yo lo interpretaré.

—Luz. Veo una luz cegadora que, sin embargo, no me hace daño en los ojos.

—¿De qué color es la luz?

—¿No la ve usted mismo, druida? Es blanca. Siento el calor, pero no me quemo. Y también es amarilla: veo chispas amarillas.

—¿Y qué hace la luz amarilla?

—Está bailoteando por entre la luz blanca en círculos, muy rápido, como si buscara algo.

—¿Qué más ves?

—Hay una luz verde también, y persigue la luz amarilla.

Con el báculo, Daar describió un arco mayor; luego se detuvo y se preparó para el choque de energía que sabía que se avecinaba. La luz se hizo más intensa, y los colores se arremolinaron en un arco iris cegador. De pronto, el báculo dio una sacudida y les tiró de las manos cuando la nueva energía entró en él con la fuerza de un tornado.

El guerrero no estaba preparado para aquello y retrocedió, tambaleándose, ante la embestida, pero siguió sujetando con fuerza el bastón.

—¡Santo cielo! ¿Qué ocurre, druida? Ahora una gran negrura cruza girando la luz y golpea con fuerza las chispas amarillas. La luz amarilla está desapareciendo.

—¿Y la verde, guerrero? ¿Qué hace la verde?

—Persigue la negrura; pero cuando la alcanza, no hay nada.

Daar soltó el báculo y retrocedió. El viento se calmó, y al momento regresó la bruma, así como el fragor de la catarata.

Sin dejar de agarrar el bastón, que había recuperado su tamaño normal, Morgan se dio la vuelta para quedar frente al mago. Por fin, pálido y desconcertado, tiró al suelo la ya silenciosa vara.

—Pocos mortales han vivido lo que acabas de vivir tú ahora, guerrero. ¿Qué te parece mi don?

—No me ha dicho nada, anciano. Sólo he visto colores.

—Te lo ha dicho todo, Morgan: acabas de vislumbrar las energías que vagan por este valle. Las emociones.

—¿Emociones?

—Sí. ¿No te ha resultado conocida la luz verde? ¿No era del mismo tono que el de la tela del clan MacKeage, el *plaid* que llevas puesto?

—Si la luz verde me representa a mí, entonces, ¿a quién representa la amarilla?

Daar mostró una amplia sonrisa.

—A alguien que aún tienes que conocer.

—¿El que planta cintas? ¿Es ése la luz amarilla?

El anciano acentuó su sonrisa.

—Posiblemente.

Morgan frunció el ceño al oír su respuesta.

—¿Y la negra?

—Ah, la negra... Ésa es otra fuerza vital. Algo que azota tu valle.

—¿Algo o alguien?

Daar se encogió de hombros y se inclinó a recoger el bastón.

—El mal suele tomar forma humana cuando desea atormentar a los humanos.

—¿De modo que la negra representa el mal? ¿Y se acerca?

—No, guerrero: ya está aquí. Y también está aquí algo bueno. No olvides la luz amarilla, Morgan, esa luz también cubría tu valle.

—Pero yo tampoco la cogía.

—Porque estabas más ocupado persiguiendo la negrura.

El suspiro de Morgan le llegó a Daar tan fuerte que lo hizo retroceder un paso. Morgan MacKeage parecía a punto de estallar en un ataque de frustración... Bien, desde luego, no era pasión lo que le faltaba ahora.

El mago alzó la mano para detener su arrebató y se apresuró a sugerir:

—Habla con tu hermano. Pídele permiso a Greylen para reclamar este valle como tuyo y luego construye tu hogar aquí. No te lo negará.

Aquella propuesta hizo que toda la bravuconería desapareciera del rostro del guerrero.

—¿Un hogar? ¿Cree que debo construir una casa aquí?

—Es un buen sitio para formar una familia —dijo Daar; su tono se volvió reflexivo—. A juzgar por la intensidad de las luces que hemos visto, creo que por lo menos tienes dos meses hasta que de verdad debas verte envuelto en este misterio. En ese tiempo has de ser capaz de levantar una casa. Si lo consigues, tu derecho a la tierra será incuestionable y acabará con la amenaza de un parque en este cañón.

Morgan se puso colorado.

—No voy a tener familia —murmuró—, de modo que no necesito una casa.

«Vaya —pensó Daar—; conque no iba a tener hijos, ¿eh?» Ahora se enteraba. Y era una noticia muy alarmante, en vista de lo fuerte que era la pasión que acababa de ver en las luces hacía un momento.

Claro que no iba a contárselo a Morgan. No, algunas cosas era mejor descubrirlas solo.

Como el sexo de un niño aún por nacer, por ejemplo.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. Todos los guerreros quieren hijos varones.

Morgan se llevó una gran mano a la parte de atrás del cuello y se lo frotó.

—Gracias a usted, druida, yo ya no soy guerrero: sólo soy un hombre que ni siquiera debería existir. No soy nada.

—Eso no es cierto. Quieras o no, estás vivo, Morgan MacKeage. Ahora eres un terrateniente, un miembro de esta comunidad y diriges una estación de esquí con tu clan.

Morgan se rió al oírlo.

—Durante el día meto los culos de la gente en un telesquí, y me paso los inviernos subiendo y bajando por la montaña, conduciendo una máquina y alisando bien la nieve. ¿Llama a eso una ocupación noble?

—¿Y es una ocupación noble cazar y pescar?

Morgan gruñó:

—Pues al menos le doy de comer a usted, anciano.

De pronto oyó un gruñido procedente de la bruma que quedaba justo debajo de ellos. Morgan se apresuró a girar sobre sus talones y sacó la espada en un único y fluido movimiento.

Daar le puso la mano sobre la empuñadura.

—No le hagas daño a *Faol* —dijo—; es mi mascota.

Al reconocer el nombre del animal en gaélico, Morgan preguntó:

—¿Un lobo? —Intentó escudriñar en la creciente bruma y luego se volvió un momento a mirar a Daar—. ¿Tiene un lobo por mascota?

—Sí, por lo visto ahora sí. Llegó a mi puerta justo la semana pasada.

—En esta tierra no hay lobos.

El anciano se encogió de hombros.

—Quizá es que son lo bastante listos para no dejarse ver.

Por fin, en ese momento, apareció *Faol*; salía en silencio de la bruma, con la cabeza baja y el pelo del lomo erizado. Morgan agarró al anciano por el hombro y, de un rápido empujón, se lo puso detrás. Luego volvió a alzar la espada.

El lobo gruñó.

Daar soltó un resoplido de desdén y volvió a colocarse entre ambos.

—Dos guerreros, cada uno protegiéndome del otro... Vamos, dejadlo ya. —Miró a Morgan—. *Faol* puede ayudarte.

—¿Ayudarme a qué?

—Tu valle, ¿recuerdas? Las luces, la negrura... *Faol* te ayudará a descubrir qué está pasando.

A juzgar por su expresión, Morgan no daba crédito a lo que oía.

—¡Pero si es un lobo!

—Sí, guerrero, eso es lo que es. Pero, como tú, está sin rumbo y necesita una buena pelea que lo anime.

Por encima de la cabeza de Daar, Morgan miró a *Faol*, y luego se volvió de nuevo hacia el mago con los ojos entornados.

—¿Es uno de sus hechizos, druida? ¿Ha hecho aparecer al lobo para acosarme?

Daar se llevó la mano al corazón, aunque ladeó la cabeza para seguir mirando al cielo con un ojo lleno de recelo.

—Que Dios me mate si miento. *Faol* es tan auténtico como el pelo de mi cara. Sencillamente, apareció en mi cabaña hace ocho días.

Sin abandonar su expresión escéptica, Morgan bajó despacio la espada hasta que la punta tocó el suelo. Entonces, con la mano libre, tiró de una de las truchas de su cinturón y se la echó al lobo.

Faol avanzó hasta el pescado y volvió a gruñir.

Morgan soltó un desdeñoso resoplido.

—Menuda mascota...

Inquieto al ver cómo regalaba el desayuno, enseguida el mago se puso a reunir leña para un fuego; como se llamaba Daar que iban a comer ya, antes de que se desma-

yara. Con rapidez, dispuso varias ramas en un montón, les acercó el bastón y musitó algo entre dientes.

Al instante la leña empezó a arder.

—Ya verás cómo yo me muestro más educado si me lanzas una de esas truchas —dijo—. No hagas caso del animal y prepara con el cuchillo unos espetones para asar el desayuno. Uno se muere de hambre en tu compañía.

Morgan tardó un momento en moverse. Por fin, convencido de que *Faol* estaba más decidido a proteger su trucha que a comérselos a ellos dos, envainó la espada y sacó su daga. Tras despojar a un joven arce de sus hojas, fabricó dos complicados espetones circulares, ensartó los tres pescados que quedaban y se acercó al ya crepitante fuego. Ni una sola vez durante su tarea dejó de estar atento al lobo.

Mientras se asaban las truchas, Daar le hizo una petición:

—¿Me dejas la daga, por favor?

Morgan clavó la vista en su mano tendida.

—¿Para qué? —preguntó, lanzando otra breve ojeada a *Faol*.

—Tengo que realizar una tarea mientras se hace el desayuno.

Estaba claro que el escocés no tenía ninguna gana de entregarle el arma; después de todo, estaba al alcance del ataque de un lobo. Al verlo titubear, Daar lo tranquilizó.

—Le interesa más comerse la trucha que comernos a nosotros. —Con la mano tendida aún, le dedicó una amplia sonrisa—. ¿O es que temes darme un arma?

La respuesta fue la mirada asesina de unos ojos verdes, una mirada lo suficientemente intensa como para petrificar a un hombre. Y por un instante el anciano se preocupó; tal vez aquella pasión que Morgan tenía dentro se convirtiera en un peligro para la persona que fuese blanco de ella.

Por fin le pasó la daga, pero acto seguido se apresuró a sacar su espada y a ponérsela sobre las rodillas. *Faol* levantó la cabeza al ver su gesto.

Con la daga, Daar señaló al lobo.

—¿Te has fijado en sus ojos? —le preguntó al guerrero—. ¿Y en el modo en que inclina un poco la cabeza hacia la derecha? ¿No te resulta familiar?

Morgan y *Faol* se miraron fijamente; dio la impresión de que cada uno estaba resuelto a hacer apartar la vista al otro.

Sin romper el contacto visual, Morgan respondió:

—No. Sólo es un lobo.

Daar suspiró y acercó la afilada hoja de la daga al pequeño nudo que había en mitad de su bastón. Morgan sólo era un niño de nueve años cuando murió Duncan MacKeage... Y los niños de nueve años no tienen tiempo de fijarse en cosas como el color de los ojos de su padre.

De repente, al darse cuenta de que Daar llevaba la daga al bastón, Morgan perdió el interés por el lobo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Creo que deberías tener un poco de ayuda cuando inicies el camino que parece decidido a recorrer —respondió el anciano, al tiempo que hacía palanca en el resistente nudo.

En ese momento el bastón soltó un siseo de protesta y empezó a vibrar.

Morgan se apresuró a retroceder para ocuparse de las truchas.

—No quiero nada con su magia —dijo—. Deje su preciado bastón intacto; usted necesita sus poderes más que yo.

Daar no le hizo caso. El bastón, mientras tanto, le estaba abrasando la mano y se retorció para evitar la hoja de la daga.

Al verlo, *Faol* gimió, se puso en pie, dejó la trucha al

instante y retrocedió hacia el bosque. Morgan se levantó también, espada en ristre, y empezó a desplazarse hacia la seguridad de los árboles.

Y, de repente, el nudo salió disparado del bastón, bramando como un animal herido, y rodó por el suelo del bosque dejando tras de sí un encendido rastro de llamas rojas y crepitantes. *Faol* soltó un chillido y desapareció entre los árboles. Por su parte, Morgan agarró a Daar por la cintura, lo levantó del tocón donde estaba sentado y lo metió de un tirón en el bosque. Juntos se escondieron detrás de una gigantesca píceca y desde allí miraron cómo el airado nudo de madera daba vueltas, rodando en círculos frenéticos, al tiempo que chisporroteaba, siseaba y soltaba un arco iris de centellas.

—¿Está usted loco, anciano? —susurró Morgan—. No debería hacer estas cosas.

Daar se zafó de su agarrón y regresó a donde estaba. Una vez allí, recogió su ahora mutilado báculo y lo acarició con ternura.

Mientras tranquilizaba al tembloroso bastón, le dijo a Morgan:

—Dame ese cordón que llevas al cuello.

—¿Por qué?

—Porque ya es hora de que te deshagas de ese amuleto pagano —le contestó alzando la vista—. Es un apoyo sin valor y no hace nada por ti.

El escocés agarró con fuerza la piedra que llevaba al cuello.

—Lleva años conmigo.

—La vieja Dorna no era una bruja de verdad. ¿La ves por aquí, viva y practicando su magia negra? Esa vieja arpía lleva ocho siglos muerta. Vivía a costa de hombres y mujeres ingenuos y desesperados; esa piedra no vale nada.

—Yo no soy un ingenuo.

—No, pero por lo visto tampoco estás preparado para

deshacerte de tus antiguas creencias. ¿No has aprendido nada en seis años? Eso que se llama ciencia ha rebatido lo que practicaba Dorna, y que tú llamas magia.

—¿Y cómo explica la ciencia algo como usted?

—No lo explica ni lo explicará nunca. Sencillamente, algunas cosas hay que aceptarlas mediante la fe.

Por la expresión de su cara, al escocés le daba igual el comentario. Siguió agarrando el amuleto con gesto protector, hasta que finalmente se arrancó el cordón del cuello y se lo dio a Daar.

—Tenga —dijo.

El mago dejó que la lisa piedra se deslizara hasta soltarse y cayera al suelo. Entonces, con el bastón, señaló el nudo de cerezo, ya silencioso, y le pidió:

—Pásame ese nudo, ¿quieres?

Morgan se puso pálido.

—Recójalo usted —susurró.

Quieto junto a una roca, el nudo de madera zumbaba suavemente. Soltando un suspiro de impaciencia, Daar se levantó de golpe del tocón y lo recogió; después, con un ojo cerrado y el otro entornado, se dispuso a ensartarlo en el cordón de cuero.

Morgan se le acercó hasta ponerse detrás.

—No hay agujero —dijo—, y un cordón no puede atravesar la madera maciza.

Justo en ese momento, sin esfuerzo, el cuero se deslizó a través del nudo de cerezo, que no dejaba de girar. Daar se apresuró a anudar el cordón y se lo devolvió a Morgan, que retrocedió y levantó una mano.

—¡No me acerque eso!

—No va a morderte —le espetó el mago, enojado—. Vamos, agáchate para que te lo ponga al cuello.

—¡Le he dicho que no quiero su magia!

—Y yo creo que llegará un momento en que la necesitarás. Si no para ti, piensa en el valle. Y en la luz amarilla,

¿recuerdas? La negrura estaba consumiéndola —replicó Daar; luego lo señaló con el dedo—. Tal vez sobrevivieras a tu viaje de hace seis años, pero quién sabe si sobrevivirás a éste. Eres un temible guerrero, Morgan MacKeage, pero escúchame bien: no eres invencible. La negrura es una poderosa fuerza vital que no tiene ni bondad, ni compasión, ni conciencia. Si no consigues detenerla, devorará todo lo que se interponga en su camino: a ti, a la luz amarilla y, al final, a todo este valle. Este trocito de mi bastón será tu mayor arma contra ella.

El guerrero necesitó algo de tiempo para digerir las palabras del anciano sacerdote. Por fin se inclinó hacia delante, bajó la cabeza y permitió que le pusiera el cordón al cuello. Cuando se enderezó, Daar le centró el nudo sobre el pecho.

Luego, al tiempo que retrocedía para admirar su regalo, le dijo:

—Si quieres que esto funcione, vas a tener que darle tu fe y, además, tu inteligencia. El nudo no es fuerte por sí mismo; has de descubrir el mejor modo de aumentar su fuerza.

De pie, tan quieto como las mismas montañas y con el aliento contenido otra vez, Morgan lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo...? —Tragó saliva—. ¿Cómo puedo hacer algo así?

Daar descartó su pregunta con un gesto de la mano y volvió a darle la daga.

—Ya lo resolverás cuando llegue el momento —dijo, y le devolvió su daga. Como si temiera que un movimiento rápido pudiera acabar con él allí mismo, el guerrero alargó la mano con cuidado para coger su arma y luego, igual de despacio, se la metió de nuevo en el cinturón—. Ah, una cosa más, Morgan: no debes contar ni una palabra de lo que ha pasado aquí hoy. En particular, a tu hermano.

Ni una sola palabra sobre lo extraordinario de este cañón, sobre tu visión o sobre el regalo especial que te he hecho. —Daar señaló el nudo—. No quiero que Greylen sepa que todavía existe un rastro de mi viejo báculo y, desde luego, tampoco quiero que sepa que el nuevo va cobrando fuerza.

Morgan esbozó una media sonrisa; era el primer indicio de que empezaba a relajarse.

—No debe preocuparse de que se lo cuente a nadie, anciano.

De pronto Daar movió la nariz y olisqueó. ¿Qué estaba quemándose? Miró a su alrededor. Las pequeñas llamas que el nudo había encendido en su chisporroteo ya se habían apagado; en cambio, la fogata ardía con intensidad.

—¡Maldita sea! ¡Las truchas!

Olvidando de golpe el nudo que llevaba al cuello, Morgan corrió hacia la fogata y las sacó de las llamas. Las sostuvo en alto y se volvió a Daar con una amplia sonrisa.

—No hay que preocuparse: sólo se han quemado un poco por fuera.

Con el pie, le echó tierra al fuego y apagó las llamas para dejar tan sólo carbones que ardieran lentamente; luego puso las truchas encima y dejó que terminaran de cocinarse más despacio. El sacerdote se reunió con él y juntos volvieron a sentarse de cara al fuego.

Morgan miró hacia el bosque, hacia el lugar por donde *Faol* se había ido corriendo.

—¿Cree que volverá? —preguntó.

—Sí, no creo que haya ido lejos. Es probable que esté mirándonos ahora.

Con gesto vacilante, Morgan se llevó la mano al cordón de cuero que tenía al cuello y despacio cerró la mano sobre el nudo; enseguida abrió mucho los ojos.

—Está caliente.

Daar asintió.

—Sí. Lo ha irritado que lo arrancara de la energía general del bastón —explicó—, pero ya está contento. Si siente tu energía, guerrero, trabajará bien para protegerte.

En silencio, *Faol* volvió al lindero del bosque y se echó junto a su trucha. Esta vez Morgan no desenvainó la espada ni sacó la daga del cinto; en lugar de eso, guerrero y lobo se concentraron en el nudo que colgaba del cuello de Morgan. *Faol* observó cómo éste lo acariciaba brevemente antes de metérselo por dentro de la camisa.

Daar sonrió; todo lo sucedido aquel día estaba bien.

Morgan había vuelto a encontrar su pasión por la vida en un misterio que prometía depararle una batalla digna de lucharse.

Faol también había encontrado un nuevo objetivo.

Y, en cierto sentido, el anciano notó que hasta su propia culpabilidad se había aliviado.

Por fin, tras diez largos minutos de espera, las truchas estuvieron listas para comer. El mago observó la pericia con que el escocés sacaba el desayuno de los espetones, y eso le hizo recordar un momento parecido, hacía casi ocho siglos; entonces, en otra fogata, el antiguo *laird* MacKeage había enseñado a sus dos hijos pequeños a cocinar la pesca.

¿Qué pensaría Duncan MacKeage de sus hijos en aquel momento, del apuro que habían vivido y de su increíble viaje? ¿Se sentiría orgulloso al ver cómo habían logrado sobrevivir y cómo hacían frente a sus nuevas vidas?

¿O acaso Duncan lo sabía ya?

Miró a *Faol*, que descansaba más o menos igual que Morgan: relajado, pero dispuesto a ponerse en acción de un salto si era necesario. Por décima vez en los últimos ocho días, el mago se preguntó qué poder sacaría a un lobo de los montes y lo atraería para que anduviese entre humanos... Y por décima vez decidió que, en realidad, no le importaba demasiado saberlo.

Al fin, el guerrero le pasó una trucha, y Daar tomó el primer y delicioso bocado; ya era hora. Su estómago lo agradeció sonándole otra vez. Luego se recostó en uno de los pinos, altísimos por obra de la magia, y observó cómo desayunaba Morgan.

¿Debía mencionarle que había una mujer metida en el misterio de aquel valle? ¿Y que esa mujer tenía un brillante cabello amarillo, que centelleaba con la sensual promesa de la pasión?

No, probablemente no.

Mejor dejar que ciertas cosas fueran una sorpresa.